

ACTO SEGUNDO.

Cámara Real en el palacio de Madrid. La puerta de antecámara en el foro : la de las habitaciones privadas del rey, á la derecha : la del cuarto de la infanta, al mismo lado, mas hácia el foro : otras dos puertas laterales á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, QUEVEDO.

(Quevedo aparece: el rey sale con un papel en la mano.)

Quev. ¡ Señor !...

Rey. ¡ Salud al insigne Quevedo !

Quev. A esos piés...

Rey.

Alzad.

(Deteniéndole.)

Con mi concedido al márgen

(Dándole el papel.)

Os devuelvo el memorial De vuestro cliente.

Quev. Doy

Á vuestra real majestad Las gracias... y el parabien Por un acto en que á la par Brillan su recta justicia Y su ingénita bondad.

En mozo honrado y discreto Así el mérito premiais De su padre, que lidiando Treinta años por tierra y mar, En defensa de su rey Vertió su sangre leal.

Rey. ¿ Qué en efecto era valiente Soldado ?

Quev. Y tal que quizá, Inmolado á la impericia, Por no decir algo mas, Del maldito Conde-Duque, A vos y al reino fatal, Fué el último veterano Que sin dar un paso atrás Moribundo os saludó Monarca de Portugal.

Rey. Sin ese triste recuerdo Con que el alma me ulcerais, Para tan corta merced Sobraba á mi ánimo real La intercesion de un amigo, A quien yo deseo dar Pruebas mas calificadas

De mi liberalidad.

Quev. Para quien nada ambiciosa Hartas son las que me dais.

Basta á un hidalgo caduco

La torre de Juan Abad ;

A un filósofo sus libros ;

A un poeta un madrigal ;

Y á un caballero cristiano

Esta insignia militar,

(Mostrando la cruz de Santiago.)

Que es terror de los herejes

Y *exi-foras* de Satan.

Así, sin que vuestra gracia

Coarte mi libertad,

Podré, exento de envidiosos,

Vivir y morir en paz.

Rey. Sea, pues vos lo quereis. —

Y ahora, ¿ en qué os ocupais,

Príncipe de los satíricos

Castellanos ?

Quev. ¡ Pche !

Rey. Mostrad

Una de esas invectivas

En que sabeis asociar

A la elegancia de Horacio

El nervio de Juvenal.

¿ Qué tenemos ? ¿ Prosa, ó verso ?

¿ Qué jácara de rufian,

Qué alguacil *alguacilado*,

— Adjetivo singular

Que solo inventar pudieran

Vuestro ingenio y vuestra sal —

O qué doctor antropófago,

O qué escribano rapaz

Son blanco de vuestros tiros ?

Quev. Acabo de emborronar

Una letrilla incorrecta...

Rey. ¿ Contra quién, vate mordaz ?

Quev. Quizá no es para leida

A un monarca tan galan.

Rey. No puede á mi disgustarme

Cosa que vos escribais,

Amigo mio.

Quev. ¿ Aunque sea

Contra las hijas de Adan ?

Rey. ¿ Otra vez ? ¡ Pobres mujeres !

Sois su enemigo mortal.

Quev. No ; pero juez inflexible,

Digo siempre la verdad.

Rey. Leedme pues la letrilla,

Y luego que concluyais,

Defendiendo yo á las damas

Seré juez mas imparcial.

Quev. Cuentan de un corregidor,

(Sacando un papel y leyéndolo.)

Nada bobo,

Que siempre que al buen señor

Entre esta nacion y aquella
Hasta que te diga Homero
Quién es ella.

Si á Blas, no el lazo, la albarda
De Himeneo
Solo de su hacienda guarda
Lo arrepentido y lo feo,
No preguntes : ¿ cómo Blas
Nació con tan mala estrella ?
Pregunta, y acertarás :
¿ Quién es ella ?

Si en la calle siento ruido
De camorra,
Y algun *quidam* mal herido
Grita : ¿ no hay quien me socorra ?
Requiescat digo al difunto,
Doy paso al que le atropella,
Y en la taberna pregunto
¿ Quién es ella ?

Si ves postrado en el lecho
Del dolor
A algun mozo de provecho,
No le preguntes, doctor,
Qué réuma ó qué tabardillo
En su salud hizo mella ;
Pregúntale, — es mas sencillo —,
¿ Quién es ella ? —

Es un sexo amable, lindo...
Sí, una plata ;
Yo lo confieso... y prescindo
De la vieja y de la chata ;
Pero escamado y cobarde
Digo ¡ zape ! á la mas bella ;
Que temo saber ¡ muy tarde !
Quién es ella.

Rey. Escrita está con veneno.

Quev. Señor, yo...

Rey. ¡ Qué pertinacia !

Quev. Si vos...

Rey. Aplaudo la gracia,

Mas la doctrina condeno.

¡ Tratar con fiero desden

A un sexo tan celestial !

Juzgais á las hembras mal.

Quev. Porque las conozco bien.

Rey. A mozueltas embaidoras

Tal vez.

Quev. Yo...

Rey. Sed mas sincero

No midais por un rasero

A justas y á pecadoras.

Quev. Desgracia mia será...

Cada cual acá en Iberia

Habla, señor, de la feria

Segun en ella le va.

Denunciaban muerte ó robo,
Atajaba al escribano
Que leía la querella,
Diciéndole : ¡ al grano, al grano !
¿ Quién es ella ?

Y como hombre procedia
De gran seso
Quien tal actuacion ponía
Por cabeza del proceso ;
Que en vano mas de una vez
Se sigue al crimen la huella
Por no preguntar el juez :
¿ Quién es ella ?

En todo humano litigio —
¡ No hay remedio ! —
A no obrar Dios un prodigio,
Habrá faldas de por medio :
Danza en todo una mujer,
Casada, viuda ó doncella ;
Luego, el hito está en saber
Quién es ella.

Si Adan perdió el Paraiso, (1)
Fué por Eva,
Que probar vedada quiso
No sé si manzana ó breva.
Desde entonces con profundo
Pesar pudo conocella ;
Desde entonces sabe el mundo
Quién es ella.

Si ves hecho polvo el muro
Que fué Troya,
Merced al griego perjuro
Y á su bélica tramoya,
Suspende el fallo severo

(1) Hay en esta estrofa una incorreccion, que consiste en estar asonantados entre si todos los versos pares. Ha procurado el autor construirla de nuevo, y no lo ha sabido hacer sin detrimento del concepto ó de la expresion. La ha dejado pues como estaba ; y si en efecto esta letrilla, unánimemente celebrada, no desdice mucho de las que escribió el personaje en cuya boca se pone, permitase al poeta moderno alegar en descargo del indicado defecto lo frecuente que era en los poetas castellanos de otros siglos y en el mismo Quevedo. Para probar este aserto se pudieran multiplicar citas ; pero bastarán los siguientes versos de la letrilla que lleva por estribillo y NO LO DIGO POR MAL, una de las mejores de tan eminente escritor.

Con mas barbas que desvelos
El letrado caza puestos ;
La caspa alega por testos ;
Por leyes cita los pelos
A puras barbas y duelos, etc.

Aquí, no solo están las rimas asonantadas, sino que no hay versos intermedios que atenúen el mal efecto de la asonancia. Pero ¿ qué son este y otros leves lunares, en que por inadvertencia incurrian hombres de ingenio tan superior, comparados con las infinitas bellezas de pensamiento y de estilo que brillan en sus obras ?

No espere en noble conquista
Las rosas de Citeréa
Un pobre hidalgo de aldea
Corto de bolsa y de vista;
Mas príncipe tan bizarro,
Y emprendedor como Jove,
No es mucho que á Vénus robe
Las palomas de su carro.
Quien caza con tales redes
No es mucho que al lauro aspire,
Ni que virtudes inspire
El que derrama mercedes.

Rey. No es triunfo de buena ley
Triunfo que estriba en un nombre;
Que tal vez usurpa el hombre
Los lauros que ciñe el rey.

Quev. No el que merece in utroque
Como vos...

Rey. Lisonja.
Quev. No.

Pero un pobre como yo,
Que no soy ni rey ni roque...

Rey. ¿Por qué tenéis tanto miedo,
Por qué tan mala opinión
De la mujer? — ¡Ah!... ¡Chitón!

Casado fuisteis, Quevedo.
Quev. Permittedme repeler
Ese punzante epigrama;

Que mi esposa fué muy dama
Y muy honrada mujer.

Rey. Lo sé.
Quev. A no serlo...

Rey. Advertid
Que es chanza...

Quev. Muerto la hubiera,
Como maté á la pantera
Que fué terror de Madrid.

Mas si en su justa alabanza
Mi fe nupcial se acrisola,
Ella al fin era una sola...

¡Y se llamaba *Esperanza!*
Muerta la *Esperanza* mia,
¿Dónde, plebeya ni hidalga,
Dónde hallar otra que valga

Lo que mi esposa valía?
Rey. Si tal, si se buscan bien
Y se juzgan sin pasión.

No ha de faltar ocasión,
Si vivís y yo también,
En que confesar os haga...

Quev. Muy difícil me parece.
Rey. Pero...

Quev. Me quedo en mis trece.
La mujer es una plaga...

Vuelvo á mi corregidor
Y á su constante refrán.
Si malas nuevas me dan,
tiendo al punto el olor

De alguna toca traidora,
De alguna pícara saya,
Diré ¿quién es ella?
Ugier. El aya
(*A la puerta del foro.*)

De la infanta mi señora.
Quev. ¿Será agüero?... ¡Ojo avizor!

(*En voz baja.*)
Rey. Que éntre.
(*Al ugier, y este se retira.*)

¿Qué puedo temer
(*A Quevedo.*)

De ella?
Quev. ¿Qué sé yo?... Es mujer.
Cond. Dios guarde al rey mi señor.

(*A la puerta.*)

ESCENA II.

EL REY, QUEVEDO, LA CONDESA.

Rey. Entrad, querida condesa.
Bella venís y radiante

Como nunca.
Cond. No merece,
Señor, quien tan poco vale

Ese halagüeño saludo.
Viuda...

Rey. Pero muy amable.
Yo apuesto á que don Francisco

Es de mi propio dictámen.
Cond. Perdida soy si él me juzga.

Quev. ¿Por qué? ¿Tan poco galante
Soy yo?

Cond. Odiais á las mujeres.
Quev. Pero adoro á las deidades.

Rey. Si á pedir alguna gracia
Venís á quien nada sabe

Negaros, me holgara mucho
De que en ello fuese parte,
Condesa, el dulce propósito

De contraer nuevo enlace.
Cond. (¡Oh Dios mio!) No, señor.

Bien me estoy así.
Rey. No obstante...

Cond. Permitted que os manifesté
El objeto que me trae

A vuestras plantas. La augusta
Princesa, mi interesante

Alumna, doña María
Teresa de Austria, á quien guarde
Dios mil años...

Rey. ¿Qué sucede?
Hablad.

Cond. No se sobresalte
Vuestra majestad. La tierna

Infanta, robusta y ágil,
A sus años se adelanta
En ingenio y en donaire,
Y ya, aunque niña, da muestras
De su preclaro linaje.

Rey. Decidme pues...
Cond. Habeis dado

Licencia para casarse
A Constanza su menina,
Y es fuerza que esta vacante

Se provea.
Rey. Si, es verdad.

No quiero que nada falte
A mi hija.

Cond. Si ya no habeis
Concedido honor tan grande

A otra persona, una jóven
Os propondré que reemplace
A Constanza dignamente.

Rey. No he dado palabra á nadie...
Cond. (¡Albricias!)

Rey. Y agravio haría,
Condesa, á vuestro carácter

De aya de mi hija, y al celo
Con que la servís de madre

Desde que perdiste la suya,
Que en eterna paz descansa,
Si en cuanto cumpla á su gusto

Y á su servicio dejase
De consultaros.

Cond. Me honrais,
Señor...

Rey. ¿Quién es la aspirante?
Cond. Una pobre huerfanita

Honrada, de noble sangre,
Bien educada, modesta...

Quev. ¿Y hermosa?
Cond. ¡Oh! sí, como un ángel.

(¡Por mi desgracia... y la suya!)
Mas no es esto lo que la hace

Recomendable á mis ojos...
Rey. ¿Por qué no? Un bello semblante

Siempre es buena credencial.
Tierno y solícito padre,

Quiero que á mi niña amada
Acaricien y acompañen

Ángeles que la sonrían,
Y no cocos que la espanten.

Cond. Es hija de un capitán
Que fué reformado en Flandes,
Y víctima del protervo

Conde-Duque de Olivares,
Murió en la miseria.

Quev. ¿Oís?
Con él era un santo el Draque.

Mas no supo, por lo visto,
Que habia una bella al margen;
Que á saberlo, ¡á buen seguro

Que se hubiera muerto de hambre
El reformado! — Y ¿qué luz

Os condujo al miserable
Tugurio donde ignorado

Se escondía ese diamante?
Sin duda la caridad
Cristiana...

Cond. El acaso... (El áspid
De mis celos.) Me habló de ella

Un prelado respetable...
Rey. En fin, vos la proponeis,
Y para que á mí me agrade

Con eso basta.
Cond. Sabiendo

Que nunca se acude en balde
De vuestra regia piedad

Al tesoro inagotable,
Traigo conmigo á la huérfana...

Rey. ¡Oh, hacédla entrar al instante!

ESCENA III.

EL REY, QUEVEDO.

Quev. ¡Hum!... Aquí hay gato encerrado.
Rey. ¿Eh?

Quev. Quiera Dios que me engañe.
Rey. No deliréis. ¿Qué misterio

Cabe...?
Quev. Dios y ella lo saben.

ESCENA IV.

EL REY, QUEVEDO, LA CONDESA,
ISABEL.

Cond. Andad. No os turbeis.
Rey. (¡Qué hermosa!)

Llegad.
Isab. ¡Señor!, vuestros piés...

Rey. Alzad. (¡Cielos!)

Quev. ¡Bella es!
(*Aparte con el rey.*)

Rey. ¡Un querubín! ¡Una diosa! —
Mil y mil gracias os doy

Y os las dará la princesa
Por tal presente, condesa.

Cond. (Me vengaré.)
Rey. (¡Loco estoy!)

Cond. Nunca yo me interesara
Por quien menos mereciera.

Rey. Sereis desde hoy camarera
(*A Isabel.*)

De la infanta. (¡Oh, linda cara!)
Isab. Beso por tan alto honor,

De que no me juzgo digna,
La Augusta mano benigna...

(*El rey tiende su mano.*)

Cond. Besadla.

(*A Isabel en voz baja.*)

(*Isabel se arrodilla y besa respetuosamente la mano del rey.*)

Rey. ¡Oh gentil pudor!

Isab. Mi gratitud...

Rey. ¡Es divina!

Quev. (Esto es hecho. ¡Una de tantas!)

Rey. Mas no estás bien á mis plantas.
Alza á mis brazos, menina.

(*Haciéndola levantar.*)

A las hijas de mis buenos
Servidores no es razon
Humillar.

Quev. (Y cuando son
Tan bonitas, mucho menos.)

Isab. No en vano el timbre ha adquirido

Vuestra excelsa majestad

De amparo de la humildad

Y padre del desvalido.

Si solo el mio en su muerte

Honra y virtud me dejó,

No fué culpa vuestra, no,

Sino de su mala suerte.

Sin ningun merecimiento

Premiais los suyos en mí

Para cautivar así

Mi eterno agradecimiento.

Nada valgo, nada sé;

Niña me llama á la córte

Vuestra bondad, sin mas norte

Que la lealtad de mi fe;

Mas me infunde tal aliento

Y tan pura os la consagro,

Que quizás haga el milagro

De ilustrar mi entendimiento.

Rey. No es menester, que harto brilla

Al través de ese candor

Dulce, inefable...

Isab. ¡Señor!

Rey. ¿Tu nombre?

Isab. Isabel Marcilla.

Rey. Presentadla (es un portento)

(*A la condesa.*)

A mi hija (el pecho me abraza),

Y de hoy mas tenga en mi casa

Vivienda y acostamiento.

Isab. ¡Al fin, bien del corazon,

Dios...!

Cond. Venid.

Rey. Guárdeos el cielo.—

Yo premiaré vuestro celo.

(*Aparte á la condesa.*)

Cond. ¡Zelos!... ¡Desesperacion!

(*Después de una reverencia muda.*)

(*Entra con Isabel en el cuarto de la infanta.*)

ESCENA V.

EL REY, QUEVEDO.

Rey. ¿Visteis jamás, don Francisco,
Tan peregrina belleza?

Quev. ¡Alhaja digna de un rey!

Recibid mi enhorabuena.

Rey. Bien la quisiera aceptar,

Que aquellos ojos me quemán;

Pero que ha de ser recelo

Virtuosa cuanto bella

La menina.

Quev. ¡Ba! Es mujer.

Dádivas quebrantan peñas.

Rey. Con todo...

Quev. Y no sin designio

La trajo aquí la condesa.

Rey. ¿Qué designio?

Quev. No lo sé;

Pero, el refran nos lo enseña,

«Piensa mal y acertarás.»

Rey. Jóven de tan altas prendas,

Si fuese el aya ambiciosa,

No á palacio la trajera,

Donde puede sin esfuerzo

Disputarle la influencia.

Quev. De lo que el alma presente

Aun no puedo darme cuenta;

Pero mujer que por otra

Mas hermosa se interesa

Preciso es que la ame mucho...

O que mucho la aborrezca.

Rey. ¡Siempre siniestro y fatídico!

¿Sois Quevedo, ó sois corneja?

Quev. Soy, señor, un pobre viejo...

Rey. Que algunas veces chochea.

Quev. Puede ser.

Rey. Cuando á mis ojos

Luce tan fúlgida estrella

¿Qué puedo yo presentir

Que dicha y placer no sea?

Quev. Lo que fuere sonará.

Cada loco con su tema;

Vos con la de amar á todas;

Yo con la de ¿quién es ella?

Rey. Basta ya de este certámen;

No porque duda me quepa

De que saldrá mi opinion

Vencedora de la vuestra,

Sino porque ahora me llama

¡Triste de mí! la tarea

Prosáica de oír consultas

ESCENA VIII.

GONZALO.

¡Oh amigo el mas generoso!
En el alma tendré impresa,
Mientras viva, la bondad...

Isab. Yo os sigo. (*Dentro.*)

Gonz. ¿Qué voz resuena

En mis oidos?

(*Mira hacia el cuarto de la infanta.*)

Allí...

(*Sale doña Mencía, y un momento después*

Isabel.)

(*¡Ah! Deliraba. ¡Una dueña!*)

ESCENA IX.

GONZALO, ISABEL, DOÑA MENCIA.

Menc. Vereis qué lindo es el cuarto.

Gonz. ¿Con quién habla?... ¡Oh Dios!

¡Es ella!

¿Cómo...?

(*Se oculta tras de una mampara.*)

Menc. Vais á estar en él

Mejor que una archiduquesa.

Gonz. (¡Y esas galas...!)

Isab. Mi nodriza...

Digo mal; mi compañera,

Mi única madre...

Menc. Vendrá;

No os inquieteis por su ausencia.

Una amiga en mí entre tanto

Tendreis... (Una centinela.)

Y os darán autoridad

Estas tocas reverendas.

Gonz. (¿Será sueño? Dudo... Tiemblo...)

Menc. Allí irá luego, hechicera,

Vuestra ilustre protectora.

Gonz. (¡Oh! Si mil vidas me cuesta,

Sabré...)

Menc. Venid.

Gonz. ¡Isabel!

(*Saliendo de donde está oculto.*)

Isab. ¡Cielos!

(*Retrocediendo desde la puerta del foro.*)

Menc. ¿Quién llama? ¿Quién llega?

Isab. ¡Gonzalo!

Menc. (¿Un galán?) Hidalgo,

Advertid...

Isab. ¡Dulce sorpresa!

Gonz. (¿Qué haré...?)

Menc. Pero aquí...

Gonz. Es mi hermana.

Y sancionar providencias.

¡Qué peso el de una corona!..

Adios, inclito poeta.

(*Vase por la puerta de la izquierda mas inmediata al proscenio.*)

ESCENA VI.

QUEVEDO.

Si, rey Felipe; es verdad:

Grave peso es la diadema;

Mas ¿qué te importa? Otros hombros,

No los tuyos, la sustentan.

Y por cierto que no son

Los de Atlante. Así — ¡oh vergüenza! —

Para equilibrar la carga

Con su raquitica fuerza,

Perdiendo cada año un reino

La monarquía aligeran.

Tú reinas, cuarto Felipe;

Pero el diablo nos gobierna.

¡Oh patria!...

Ugier. Por vos pregunta

(*A la puerta del foro.*)

Don Gonzalo de Aguilera.

Quev. Que éntre.

Ugier. Pasad.

ESCENA VII.

QUEVEDO, GONZALO.

Quev. Bien venido,

Gonzalo.

Gonz. A vuestra obediencia

Siempre.

Quev. Albricias. En la mano

(*Mostrando el memorial.*)

Te tengo. Desde esta fecha

Eres todo un contador

De alcabalas. Solo resta

Extender la credencial,

Y si me das tu licencia

Voy...

Gonz. Os deberé mi dicha.

Quev. Si tan poco te contenta...

Mas quien pretenda en Palacio

Ande listo y viva alerta.

Vuela el tiempo y... Ya hablaremos

Mas despacio. Aquí me espera.

(*Vase por la puerta de la izquierda, in-*

mediata al foro.)

Isab. (¿Por qué lo dirá?)
 Menc. ¿Es de veras?
 (A Isabel.)
 Isab. Sí.
 Gonz. Permitidme que la hable
 Dos palabras.
 Menc. (Cuando él entra
 En la cámara real,
 Sin duda...)
 Isab. ¡Un momento!
 Menc. Sea.
 (Gonzalo é Isabel se separan de doña
 Mencía y hablan á media voz.)
 Gonz. ¿Cómo tú en la córte,
 Dulce prenda mía?
 Isab. Amor es el norte
 Que mis pasos guía.
 Ya ¡oh mi fiel amigo!
 Ya ¡oh mi caro dueño!
 El astro enemigo
 Depone su ceño.
 Gonz. ¡Ay! temo, y no en vano,
 Que ahora nos sea
 Mas triste y tirano
 Que nunca.
 Isab. ¡Qué idea!
 Felipe...
 Gonz. ¡Qué escucho!
 Isab. Mi orfandad ampara
 Piadoso...
 Gonz. ¿Qué mucho
 Si ha visto tu cara?
 Isab. No, que antes de verla,
 Sensible á mi lloro...
 Gonz. ¡Faltaba esta perla
 Al regio tesoro!
 Isab. En mí desagravia
 Al padre ofendido,
 Que misero...
 Gonz. (¡Oh rabia!)
 Isab. Murió en el olvido.
 Gonz. Mas libre y sin mengua.
 Isab. ¡Y acaso mi frente...?
 Gonz. ¡Oh córte! La lengua
 Del vulgo no miente.
 Isab. ¡Ay Dios! No comprendo...
 ¿Por qué...?
 (Gonzalo retira algo mas á Isabel.)
 Menc. (Conceptúo
 Que ya se va haciendo
 Muy largo ese duo.)
 Gonz. Todo aquí es falacias;
 Son males los bienes;
 Afrentan las gracias
 Y honran los desdenes.
 ¡Hubiérasme dicho
 Que el rey te llamaba!
 Mas ¿por qué capricho

Callármelo?
 Menc. ¿Acaba?
 (Adelantándose.)
 Gonz. Sí.
 (En ademán de suplicarla que se retire;
 y ella lo hace, aunque á menos distan-
 cia.)
 Isab. Dábanme prisa...
 Gonz. ¡Oh!
 Isab. ¿Quién á palacio
 Cuando el rey le avisa
 Camina despacio?
 Y, por otra parte,
 Mi alma no recata
 Que holgaba de darte
 Sorpresa tan grata.
 Gonz. Grata no; ¡sinistra!
 Menc. (¡Tanto cuchicheo!...)
 Isab. ¿Por qué? El rey me muestra
 Tanto amor...
 Gonz. ¡Lo creo!
 Isab. No tuerzas la vista.
 ¿Acaso te espanta
 Una camarista
 De la real infanta?
 ¿Será que te pese
 Quizá...?
 Gonz. ¡Oh Dios eterno!
 Menc. (Mucho amor es ese
 Para ser fraterno.)
 Isab. De mi nuevo estado
 ¿Temes tu abandono?...
 Si tal has pensado
 ¡No te lo perdono!
 Gonz. ¡Oh lazos traidores!
 ¡Oh cándido seno!...
 La sierpe entre flores
 Esconde el veneno. —
 ¿Quién así te aliña
 Que á reinas te iguales?
 ¿Quién te abruma, niña,
 Con joyas y galas?
 Isab. ¡Cómo! ¿Esto te aflige?
 La que me las puso
 Dijo: así lo exige
 La etiqueta..., el uso...
 Gonz. Así ¡oh desventura!
 Para el sacrificio
 Su víctima pura
 Engalana el vicio.
 ¡Cuánto era á mis ojos
 Mas lindo y apuesto
 Sin tales sonrojos
 Tu traje modesto!
 ¿Qué adornos previene
 La rosa del valle?
 ¿Qué falta á quien tiene
 Tu rostro y tu talle?

Menc. (Daré el soplo, que eso
 Ya pica en historia.)
 Gonz. ¡Callas!
 (A Isabel que está pensativa.)
 Menc. (Lo confieso:
 El chisme es mi gloria.)
 (Entra de puntillas en el cuarto de la in-
 fanta. No lo advierten Gonzalo ni Isa-
 bel.)

ESCENA X.

GONZALO, ISABEL.

Isab. ¿Por qué tan sombrío?
 Mi pecho ¿no te ama?
 ¿Qué arriesgo...?
 Gonz. ¡Ay bien mio!
 Mi vida y tu fama.
 Isab. Pero ¿qué...?
 Gonz. ¡Oh perfidia!
 El rey te pretende.
 Te acecha la envidia,
 La infamia te vende.
 Isab. Justo el rey...
 Gonz. ¡Blasfemia!
 Isab. Sin que yo lo exija,
 A mi padre premia...
 Gonz. ¡Burlando á la hija!
 Isab. ¡Oh Dios!...
 Gonz. Para afrenta
 Suya y del Estado,
 Mas amigas cuenta
 Que años de reinado.
 Isab. Nadie á mí me ultraja;
 Mi fe me defiende:
 Nadie compra alhaja
 Que el dueño no vende.
 Gonz. ¡Ay prenda querida!...
 Isab. De indignos proyectos
 Yo...
 Gonz. En tierra embebida
 De miásmas infectos,
 Con solo el ambiente
 La espiga se daña,
 Se enturbia la fuente
 Y el vidrio se empaña.
 Basta á que te crea
 Perdida ¡ay de mí!
 Que Madrid te vea
 Tan linda... ¡y aquí!
 Isab. ¡No! A mí pobre asilo,
 A mí pobre lecho
 Tornaré, y tranquilo
 Latirá mi pecho.
 Gonz. ¿Qué mano traidora

Te trajo ¡oh mi bella...!
 Isab. No sé... Una señora...
 (Aparece la condesa saliendo del cuarto
 de la infanta.)
 Gonz. ¿Quién?...
 Isab. ¡Mírala! Aquella.

ESCENA XI.

ISABEL, GONZALO, LA CONDESA.

Gonz. ¡La condesa! ¡Horror!
 Cond. ¡Gonzalo!
 Gonz. Sí. ¡Al rey procurais delicias!
 ¿Cuánto os valen las albricias
 De vuestro inicuo regalo?
 Isab. ¡Oh Dios!...
 Cond. ¡Me insultais así!
 Ya veo el móvil oculto...
 (Mirando á Isabel con encono.)
 Gonz. Yo á quien desprecio no insulto.

ESCENA XII.

ISABEL, GONZALO, LA CONDESA,
DON ALVARO.

(Llega don Alvaro por la puerta de la
 izquierda frontera al cuarto de la infanta.)
 Alv. ¿Quién alza la voz aquí?
 Gonz. Yo, que á nadie pago feudo,
 Y mas si su nombre infama.
 Cond. ¡Gonzalo!
 Alv. ¡Mirad que es dama!
 ¡Mirad que yo soy su deudo!
 Gonz. ¡Gracias!... Sangre ha menester
 Mi agravio, y la vuestra quiero;
 Que no ha de manchar mi acero
 La sangre de una mujer.
 (Desenvaina la espada.)
 ¡Defendeos!
 Isab. ¡Tente!
 Cond. ¡Espera!
 Alv. No ha de sufrir mi valor...
 (Desenvaina la suya y lidian los dos.)
 Isab. ¡Gonzalo! ¡Mi bien! ¡Mi amor!
 Cond. ¡Calla! (A Isabel.)
 Gonz. ¡Huyes!
 (Siguiendo á don Alvaro, que peleando
 se retira hácia el foro.)
 Cond. ¡Suerte fiera!
 (Doña Mencía y algunas damas salen del
 cuarto de la infanta.)
 Gonz. En vano... — ¡Apartad!
 (Desviando á la condesa que intenta dete-

nerle, y desapareciendo por el foro en seguimiento de don Alvaro.)

Cond. ; Cruel!
Alv. ¡ Muerto soy! (Dentro.)
Cond. ; Favor!... ¡ Piedad!
(Vase corriendo por el foro.)

Isab. ; Yo muero!

(Se desmaya en brazos de dos damas que acuden á sostenerla. Aparece el rey por la puerta izquierda del proscenio; le siguen ocho alabarderos. Otros y algunos gentileshombres, ugieres, etc., llegan por la otra puerta del mismo lado.)

ESCENA XIII.

ISABEL, DOÑA MENCIA, DAMAS, EL REY, GONZALO, QUEVEDO, ALABARDEROS, GENTILES HOMBRES, UGIERES, ETC.

Menc. ; Su majestad!
Rey. ¿ Qué es esto? — ¡ Oh cielo! ¡ Isabel!
Gonz. Vengué...

(Volviendo, y todavía con la espada desnuda.)

Menc. ; Allí está el agresor!
(Llamando la atención del rey hacia Gonzalo.)

Quev. ¡ Armas! ¡ Gritos! — ¿ Quién es ella?
(Llegando con la credencial en la mano.)

Rey. ¡ Socorred á esta doncella!

Quev. } ¡ Ah!
Gonz. }

Rey. ; Prended á ese traidor!
(Los alabarderos se apoderan de Gonzalo. El rey y todo el acompañamiento acuden al socorro de Isabel. Quevedo queda solo, contemplando con maligno gesto el cuadro que le rodea.)

ACTO TERCERO.

Sala de tránsito en la torre del Real Alcázar. A la derecha la puerta de la alcaidía: á la izquierda la del calabozo que ocupa Gonzalo. Pende del techo una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

QUEVEDO, EL ALCAIDE.

Alc. Sois amigo mio y sois
Don Francisco de Quevedo:
Nada puedo yo negar
A tan noble caballero. —
Abrid aquel calabozo

(A un carcelero que le sigue.)

Y salga á esta sala el preso.
(El carcelero abre la puerta de la izquierda y entra en el calabozo.)

Quev. Hacíeme mucha merced
Y en el alma os lo agradezco.

Alc. Quien aquí os deja abrazarle
Bien quisiera á vuestro afecto
Entregarle indemne y libre;
Pero convicto y confeso
Don Gonzalo de tan grave
Delito...

Quev. Lo sé.

Alc. No espero...

Quev. Ya sale. Dejarme á solas
Hablar con él un momento.

ESCENA II.

QUEVEDO, GONZALO.

(Se abrazan.)

Gonz. ¡ Oh mi protector! ¡ Mi amigo!

Quev. ¡ Gonzalo!

Gonz. No es tan adverso

El astro que me persigue,
Pues me concede el consuelo
De abrazaros.

Quev. (¡ Pobre jóven!)

Quisiera ser mensajero
De nuevas mas venturosas,
Gonzalo. El herido ha muerto,
Y era de linaje ilustre,
Y en Palacio es sacrilegio
El homicidio. No obstante,
Quizá logren mis esfuerzos
Salvar tu vida, si pruebas
Que desnudaste el acero

Por defenderla.

Gonz. Yo fui

Quien el combate sangriento
Provocó.

Quev. ¿ Cuál fué la causa?

Gonz. Una dama.

Quev. ; Ah! mi proverbio

Es infalible. ¿ Era acaso

Aquel hermoso portento

Que un desmayo...?

Gonz. Aquella era

Mi Isabel, mi bien, mi cielo.

Quev. ¿ Y don Alvaro el rival

Sacrificado á tus celos?

Gonz. No. Agravios de otra mujer,

Que en ella vengar no puedo,

Satisfice con su sangre.

Quev. (¡ Son dos las que entran en juego!)

; De otra mujer!

Gonz. La condesa...

Quev. ¿ El aya?

Gonz. Sí.

Quev. Ahora recuerdo...

Ella presentó á Isabel...

Don Alvaro fué su deudo...

Gonz. Rubor me cuesta decirlo;

Pero ya ningun respeto

Debo á esa aleve mujer,

De cuyo insano despecho

Es blanco infeliz el ángel

Que llevo en el alma impreso.

Su amor osó descubrirme,

Y fiel á mis juramentos,

Yo que á grandezas no aspiro...

Quev. Basta: todo lo comprendo.

Solo una mujer zelosa

Concebiría proyecto

Tan horrible. ¡ Oh! y por desgracia

El tiro ha sido certero.

Gonz. ¿ Qué decis?

Quev. ; Eres perdido!

Gonz. ¡ Cómo!

Quev. Felipe está ciego,

Loco de amor por tu bella

Isabel.

Gonz. ¡ Oh Dios!

Quev. Y temo...

Gonz. Terrible competidor

Es todo un rey; lo confieso;

Pero la fe de mi hermosa,

Que es de virtudes modelo,

Me tranquiliza.

Quev. ; Ay Gonzalo!

No fies en ese sexo

Vano, frágil y voluble. —

Pero atendamos primero

A tu salvacion. En tanto

Que tu amor sea un secreto

Para el rey, no es imposible
Romper, Gonzalo, tus hierros.
Ya le he pedido tu gracia,
Se la pediré de nuevo,
Lucharé contra el influjo
De la condesa, y no pierdo
La esperanza...

Gonz. ; Oh detestable

Mujer que abortó el infierno

Para amargar mi existencia!

Vierte en mí solo el veneno

De tu implacable rencor;

Lava mi sangre el desprecio

Con que heri tu altivo orgullo;

Peró ¿ qué agravio te ha hecho

La rosa cándida y pura

Que inficionas con tu aliento? —

Dejadme, amigo y señor,

Agobiado bajo el peso

De mi cruel infortunio.

Si honra y amor me hacen reo,

Antes que el fiero verdugo

Me matará mi tormento.

¿ Qué es ya para mí la vida?

¿ Qué es la libertad, si lejos

He de vivir de mi amada?

Quev. Vive, que aun eres mancebo,

Y Dios es grande, y no está

Reducido el universo

A una aya y una menina;

Y tras del turbio aguacero

Suele amanecer radiante

El sol: *post núbila Phœbus.*

Vive ocho dias siquiera:

No puedo pedirte menos.

Ese plazo basta y sobra

Para saber si el objeto

De tu acendrado cariño

Merece el alto trofeo

De que apresures por ella

De la vida el breve término,

Como si al mundo faltaran

Doctores, suegras y pleitos.

ESCENA III.

QUEVEDO, GONZALO, EL ALCAIDE.

Alc. Con real salvoconducto

(A Gonzalo.)

Una dama quiere veros.

Quev. ; Buen presagio!... ¿ Quién es ella?

Alc. No sé. Trae echado el velo.

Gonz. ¿ Será... Isabel?

(Aparte con Quevedo.)

Quev. ¿ Quién lo duda?

¡Y aun te quejarás!

Gonz. Yo tiemblo.

Quev. Para tí el primer favor.

¡Oh!

Gonz. Será si yo lo acepto.

Quev. ¿Por qué no? ¡La libertad! —

No averigües á qué precio

Te la compra.

Gonz. ¡Ella en mi cárcel!

Alc. ¿Qué respondeis?

Gonz. Que me niego

A recibirla.

Quev. ¿Estás loco?

¿Qué vas á perder por eso? —

Que éntre. (Al alcaide.)

Gonz. ¡No! — Pero ¿qué digo?

Quiero saber si son ciertos

Mis temores; quiero ver

Si con el rostro sereno

Se atreve... Que éntre esa dama.

(Vase el alcaide.)

Quev. Bien: dila mil improperios

Si es preciso; pero acepta.

Gonz. ¡Aceptar!...

Quev. Del lobo un pelo.

Yo mientras dura la plática

Me ocultaré en tu aposento.

¡Gonz. ¡Allí!...

Quev. ¡Ba! En un calabozo

Estoy yo como en mi centro.

(Entra por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

GONZALO.

¿Tendrá el rey tanta virtud

Que sacrifique á los fueros

Del honor y la justicia

La pasión...? — ¡No es ella! ¡Cielos!

(Viendo á la condesa, que al entrar se alza el velo.)

ESCENA V.

GONZALO, LA CONDESA.

Cond. ¡Mi visita os sorprende!

Gonz. Me sonroja.

Cond. Yo...

Gonz. ¡Acción digna de vos! ¡Rasgo eminente!

¿Venís á escarnecerme en mi congoja?

Faltaba esta corona á vuestra frente.

Cond. Mal me juzgáis, Gonzalo. Por desgracia

Dios no me ha dado corazón de fiera.

Gonz. ¡A mí me le decis!... ¡Oh infame audacia,

Que ni de vos, señora, la creyera!

Cond. Culpable fui; mas vuestro bien anhelo

Mas que el mío: á Dios pongo por testigo.

Gonz. Bien que venga de vos será mi duelo;

¡Tanto es lo que os detesto y os maldigo!

Cond. En buen hora. Era flecha mas aguda

Al alma que por vos solo respira

Aquella indiferencia helada y muda

Que vuestra maldición y vuestra ira. —

Mas vuela el tiempo. El rey lo sabe todo

Y es temible rival.

Gonz. ¡Mujer malvada!

Vos...

Cond. No: os lo juro.

Gonz. ¡Oh Dios! Y ¿de qué modo...?

Cond. Aquel retrato...

Gonz. ¡Ay prenda idolatrada!

Al conducirme aquí, bárbara mano

Me lo arrancó del pecho.

Cond. El rey lo tiene.

Gonz. ¡Oh desesperación! ¡Oh rey tirano!

Cond. ¡Callad!

Gonz. No hay fuerza que mi labio enfrene.

Cond. ¡Ah, que os perdeis! ¡Callad, por vuestra vida!

(Bajando la voz.)

Yo os sacaré de aquí libre y seguro.

Esta noche á las doce... Seducida

Tengo á la guardia y allanado el muro.

Gonz. ¡Qué oigo! Vos...

Cond. Un caballo mas que el viento

Veloz, y gente fiel que os guie y guarde,

Os previene mi amor, y oro sin cuento...

Gonz. ¡Oh! muy vil me juzgáis y muy cobarde.

Ya lo he dicho; de vos solo la muerte

Me fuera grata.

Cond. Mas si al cielo plugo

Que por mí te persiga adversa suerte,

¿Haré mucho en libraros del verdugo?

No mi don te avergüence y te sorprenda,

Que no es merced la que de mí recibes;

Es de mi expiación la justa ofrenda.

¡Oh, máteme mi angustia si tú vives!

Gonz. ¿Guardara yo esta vida que aborrezco,

A expensas de otra vida... aun de la vuestra?

Cond. ¿No soy yo sola quien morir merezco?

¿No es mi suerte mas dura y mas siniestra?

Gonz. ¿O pretendéis que á fuer de agradecido,

Conmigo os lleve prófugo y errante...?

Cond. No. Sepulta por siempre en el olvido

A esta mujer funesta y delirante.

Bien que mi voz sin tregua al cielo sube

Por tí implorando al Todopoderoso,

Yo soy la oscura procelosa nube

Que eclipsó de tu dicha el sol hermoso.

Si supiera morir una y mil veces,

No turbaré tu paz, fantasma horrendo;

Mas tal soy, aunque ingrato me aborreces,

Que ni compro venturas ni las vendo.

En pago de este amor que, mal mi grado,

Hasta el crimen me lleva en su delirio,

Y á no verse por tí menospreciado

Mi virtud elevara hasta el martirio,

No te pido, ni esa alma que no es mía,

Ni una sonrisa, ni las yertas flores

Que tributa cortés galantería,

Ni aun que piadoso mi infortunio llores.

Solo te pido que sin torvo ceño,

Pues tú la causa de mis yerros eres,

No indigna juzgues de llamarte dueño

A la mas infeliz de las mujeres.

Pues galardón no exijo ni lo espero,

¿Por qué esta alma leal tanto te enoja?

¿Por qué la abnegación con que venero

La mano misma que de sí me arroja?

Consiente al menos que invocando muera

Tu nombre, y no tu lengua me maldiga

Si tanto te amo como amar debiera

Al Dios que por amarte me castiga.

Gonz. Mas merecéis que mi piedad mi

encono;

Pero quiero morir como cristiano.

¡Idos!... Yo os compadezco y os perdono.

Cond. ¡Gonzalo!

Gonz. No os canséis, señora, en vano.

Cond. ¡Oh, mal haya la hora en que mi

mente

De un villano designio se hizo esclava!

¿Cómo no vi en mí cólera impotente

Que era inútil el crimen que intentaba?

Aunque un mar de peligros la rodea

Merced á mi protervo desvario,

No temas, no, que infiel tu amada sea

Si un corazón abraza como el mío.

Alma en que está tu imagen esculpida

No puede codiciar mayor tesoro;

Y ¿qué no hará la que se ve querida

Si triste y desdenada yo te adoro?

¡Ah! ¡Perdon! ¿Qué te importa mi amar-

gura

Ni que mi rostro inflame la vergüenza?

¡No mas! Todo lo inmolo á tu ventura.

Sálvate, y vive... ¡y mi enemiga venza!

Vive, si... ¡para ella! Industria el cielo

Y poder me dará y ánimo fuerte

Con que á los dos, mientras su oscuro velo

Tienda la noche lóbrega, os liberte.

Si, yo misma, yo misma, aunque á mi cuello

Sean dogal vuestros nupciales lazos,

Robaré de tu amor el ángel bello,

Y de mis brazos pasará á tus brazos.

Gonz. ¡Jamás, jamás! Merece ese heroísmo

Que otra vez os respete y os estime;

Mas fuera en mi vileza y egoísmo

Aceptar sacrificio tan sublime.

Cond. ¡Fatal obstinación! No sacrificio;

Deuda es sagrada que pagaros debo.

El cielo un día premiará propicio...

Gonz. ¡Jamás! ¡Idos! Huiré...

(Va á entrar en el calabozo, y saliendo Quevedo le detiene.)

ESCENA VI.

LA CONDESA, GONZALO, QUEVEDO.

Quev. ¡Tente, mancebo!

Cond. ¡Quevedo!

(En ademán de cubrirse el rostro.)

Quev. No te turbe mi presencia,

Generosa mujer. Muchas la historia

Recordará que imiten tu demencia,

Ninguna que así vuelva por su gloria.

Yo tambien, lo confieso, te execraba,

Y ya solo besar tu planta puedo.

¡Grande debes de ser cuando te alaba,

Te admira don Francisco de Quevedo! —

Pero la noche avanza; el tiempo corre.

(Aparte con la condesa, mostrando á Gonzalo que, sombrío y meditabundo, se ha dejado caer sobre un escaño.)

Su vida, si por vos no la recobra,

Peligra...

Cond. ¡Ah! Sí.

Quev. Sacadle de esta torre.

No dejes incompleta vuestra obra.

Cond. ¿Qué haré? El rehusa...

Quev. En mí de un tierno amigo,

De un padre oír la voz sincera y blanda.

Volad... Si persuadirle no consigo,

Salvadle á su pesar. ¡Dios os lo manda!

ESCENA VII.

GONZALO, QUEVEDO.

Quev. ¿Cómo has sido tan cruel?
¿En qué humano corazón
Cabe pasión...?

Gonz. Su pasión
Me pierde y pierde á Isabel.

Quev. Su humilde arrepentimiento
Salvar anhela á los dos.

Gonz. No hubiera ofendido á Dios,
Y ahorrara el remordimiento.

Quev. Verro de amor no desdora,
Y pues con tanta hidalguía
Lo repara...

Gonz. ¿Es culpa mía
Si á otra el corazón adora?

Harto es trocar mi desvío
En piedad de su dolor;

Mas porque admire su amor,
¿He de renunciar al mío?

Quev. ¿Quién pide tal, insensato?
¿No sacrifica á tu gusto...?

Gonz. No recibirlo es mas justo
Que ser á un favor ingrato.

Solo con mi amor podría
Pagar el de esa mujer

Y á ella no quiero deber
Lo que por ella no haría.

Quev. ¡Oh! ya te pasas de estóico.
Y ¿sabes tú, desdichado,

Si tendrá tu dueño amado
Un corazón tan heróico?

Gonz. ¿Lo dudais?

Quev. Yo me holgaría
De tener tanta fortuna

Que topase, á falta de una,
Con dos fénix en un día.

Mas, si la verdad te digo,
En tales manos cayó,

Que no te respondo yo...

Gonz. Tales dudas yo no abrigo;
Mas si falta á la promesa

Que me hizo con tanta fe,
En trance tal volveré

Mis ojos á la condesa...

Quev. ¿Para amarla? Harías bien.

Gonz. No, para imitar su ejemplo
Y alzar á mi dama un templo,

Aunque llore su desden.

Quev. ¿Tú seguirías la huella
De la condesa aunque...?

Gonz. Sí.
¿Censurarías en mí
Lo que celebrais en ella?

Quev. A todo el que así me arguya

Llamaré loco de atar.

¿Por cierto que es singular
Metafísica la tuya!

¿Por qué, como el aya triste,
Dar con tu razón al traste?

¿Qué palabra la empeñaste?
¿Qué juramento la hiciste?

Ella se prendó de un hombre
Que, si fué sordo á su arrullo,

Humillar podrá su orgullo,
Pero no afrenta su nombre.

¿Se dirá tal de tu bella?
Amala fiel en buen hora;

Pero si la amas traidora,
Amas tu deshonra en ella.

Gonz. Su fe...

Quev. Bien; no la denigro;
Mas de amparo necesita:

No se lo niegues. Quien quita
La ocasión quita el peligro.

A una jaula te sentencio
Si no triunfa la razón

De esa extraña obcecación,
De esa... — ¡El alcaide! Silencio.

(*Bajando la voz.*)

ESCENA VIII.

GONZALO, QUEVEDO, EL ALCAIDE.

Alc. ¡Desgraciado!

Quev. La tristeza
Se pinta en vuestro semblante.

¿Qué nueva...?

Alc. ¡Cruel instante! —
Armáos de fortaleza. (*A Gonzalo.*)

Gonz. Hablad. La enemiga suerte
No postrará mi valor.

Quev. ¿Desterrado...?

Alc. No. ¡Ay dolor!
Está condenado á muerte.

Quev. ¡Ah!
Gonz. Dios oyó mi plegaria.

Quev. ¡Inicua condenación!
Alc. Compete su ejecución

A la justicia ordinaria.
Venid.

Gonz. ¿Dónde?
Alc. Se os traslada

A la cárcel de la villa.
Quev. ¡Salud al rey de Castilla!

¡Su gloria sea colmada!
¡No hay ya esperanza, hijo mío!

(*Abrazando á Gonzalo.*)
Alc. Si inexorable la ley

Le condena, aun puede el rey
Revocar su fallo impío.

Si le hablais con interés...

Quev. ¿Lo dudais? Si, si: no en vano
Quizá mi cabello cano

Será alfombra de sus pies.

Gonz. Mas recto juez, mas tremendo
Falla arriba entre los dos.

No os humilleis sino á Dios.
Dejadme triunfar muriendo.

Quev. No quiero yo tu baldon.
Corre á morir con denuedo;

Mas no estorbes á Quevedo
Cumplir con su obligación.

Gonz. ¡Oh adorada prenda fiel!
Suplicio, yo te bendigo

Pues va á la tumba conmigo
El corazón de Isabel. —

Amparad vos su virtud,

(*A Quevedo.*)

¡Pues no puedo hacerlo yo!...

Quev. ¡Basta!
(*Enjugándose las lágrimas.*)

Alc. Vamos...

Quev. Guiad.
(*Sigue al alcaide con el brazo sobre los*

hombros de Gonzalo.)

¡Oh

Malograda juventud!

ACTO CUARTO.

La decoración del acto segundo. Sigue la noche.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, QUEVEDO.

Rey. Don Francisco, no os canséis;
Holgárame de servirlos;

Mas la ley...

Quev. Sus pocos años,
Su inexperiencia...

Rey. Repito
Que en vano me importunais.

Quev. Recordad, señor, que es hijo
De un valiente que perdió

La vida en vuestro servicio.

Rey. De otro servidor leal
Me priva, muerto á los filos

De su espada.
Quev. Ya la parte

II.

Del difunto, á ruego mío,
Le ha perdonado.

Rey. ¿Qué importa,
Si reclama su suplicio...?

Quev. ¿Quién?

Rey. La pública vindicta,
La inmunidad de este asilo,

Mi ultrajada majestad.

Quev. Señor, no pierde su brillo
Una testa coronada

Por usar de su mas digno,
Su mas grato privilegio;

El de perdonar. Si el grito
Ois de ese corazón,

Naturalmente benigno,
Seguireis el alto ejemplo

De los Trajanos y Titos...

Rey. Ya lo sigo perdonando,
Por lo mucho que os estimo,

Que á enojarme os arriesguéis
Por defender á un amigo.

Débil mas que generoso
Seré, y fábula y ludibrio

De mi reino y de mi córte,
Si tan aleve homicidio

Queda impune.

Quev. No pretendo
La impunidad; solo os pido

Que le perdoneis la vida,
Y allá en remotos dominios

Lidiando por vos expie
La culpa que ha cometido.

Rey. ¡Su culpa!...

Quev. Fué involuntaria.

Rey. ¿Y no tiene mas padrino
Que vos? Yo sé quién pudiera

Y vos tambien, don Francisco,
Lo sabeis, con una sola

Palabra romper sus grillos.

Quev. Lo que vos y yo sabemos
Pronto será conocido

De todo Madrid, señor;

Y ved aquí otro motivo
Para que useis de clemencia.

Si Gonzalo va al patíbulo,
No serán por esta vez

Pábulo vuestros ministros
De la malicia del vulgo:

Dirá que, rey vengativo,
Castigais en ese jóven

Su dicha, no su delito;
No al homicida alevoso,
Sino al rival preferido.

Rey. ¡Preferido! ¿Sabeis vos
Si lo será?

Quev. Yo no afirmo
Nada: digo lo que el vulgo

Dirá.